
La edición en la época de Juan Ramón Jiménez

El propio Juan Ramón nos ha contado en «Recuerdo al primer Villaespesa»¹ su llegada a Madrid, espoleado por una tarjeta postal de éste y de Rubén Darío, un día lluvioso de abril, precisamente el Viernes Santo de 1900. En la estación fue recibido amistosamente por un grupo de poetas, entre los cuales estaba, además de Villaespesa, Salvador Rueda.

El cielo cerrado y gris, el yerto y mojado ómnibus que caminaba trepidante y traqueteante sobre los duros adoquines, la oscura escalera de madera fregada con sus doscientos escalones hasta el último piso del número 16 de la calle Mayor, donde se iba a alojar, contrastaban con el Moguer de mármol que acababa de dejar con sus rejas verdes, su cal, sus tejas amarillas con flores y su sol rubio.

El muchacho, sólo tenía 18 años, tuvo deseos inmediatos de volverse. Pero se sintió arrastrado por la actividad casi febril del poeta almeriense: charlas y recitales poéticos en cualquier tiempo y lugar, en las respectivas viviendas, en las tertulias de los cafés, en los paseos por la Moncloa, ante el gran sacerdote de la nueva poesía, Rubén Darío, que a veces los recibía sentado en la cama, en camiseta, o de pie escribiendo en la cómoda con una levita entallada y el sombrero de copa puesto, sin que se notara la sombra silenciosa de Francisca Sánchez.

Venía arrastrado por necesidades apremiantes de comunicación. Deseaba conocer personalmente, para escuchar y ser escuchado, a los nuevos poetas, hermanos del alma, cuyos versos leía con delectación en Moguer, y con los que se había comunicado pobremente por medio de las páginas de la revista *Vida Nueva*. Estaba ilusionado, además, por la publicación de un libro, *Nubes*, donde se recogiera lo más importante de su obra poética.

Se dejó convencer por Villaespesa de que mejor eran dos libros que uno, distribuyó las poesías en dos volúmenes y entregó los originales a una imprenta, Tipografía Artística, de la calle del Espíritu Santo, 13, con cuyo regente, paisano de Villaespesa, tenían frecuentes discusiones sobre viejas glorias de la poesía: Zorrilla, Campoamor y Núñez de Arce², los tres más grandes poetas del siglo XIX en opinión generalizada, y compartida por Rubén Darío y Juan Ramón, en aquellos tiempos.

Los libros se llamaban *Ninfeas* y *Almas de violeta*, títulos propuestos por Valle Inclán y Rubén Darío, respectivamente. El primero llevaba como presentación o «atrio», un soneto de Rubén; el «atrio» del segundo era un prólogo de Villaespesa. Ambos contenían un retrato de Juan Ramón, que en *Ninfeas* es un dibujo y en *Almas*

¹ JUAN RAMÓN JIMÉNEZ: *Páginas escogidas. Prosa*. Madrid, 1958, págs. 121-123.

² *Ibíd.*, pág. 124.

de violeta una fotografía, y se iniciaban con un ofertorio o poema dedicado al lector. La extensión de los libros es muy distinta. *Ninfeas* tiene 33 poemas y 120 páginas. *Almas de violeta*, 18 y 58, respectivamente. Por ello, la primera se vendía a cinco pesetas y la segunda a dos cincuenta.

Ninfeas estaba impreso con tinta verde: *Almas*, con tinta morada. En ellas se anunciaban como publicadas estas dos obras, como próximas a publicarse tres más (*Besos de oro*, *El poema de las canciones* y *Rosas de sangre*) y en preparación otras tres: *Siempreviva*, *Laureles* y *Rubies*. Era enorme su ilusión por editar, por ver en forma de libro sus poesías.

La composición tipográfica, producto de las ideas artísticas de Juan Ramón, resultaba extremadamente original. Las portadas están compuestas con un tipo de letra moderno y singular, en cuyas versales alternan los trazos de grosor uniforme con otros en forma de cuña. Los rasgos superior y medio de las letras E y F son de la misma longitud y están casi juntos, dando idea de esbeltez. La A, con los rasgos horizontales y paralelos, recuerda la utilizada por Durero en su firma. En cambio, en las letras de la caja baja predominan las curvas y apenas sobresalen de la parte central los rasgos altos o bajos de letras como / o p.

En *Almas de violeta* la portada está idealmente dividida en dos partes equivalentes y verticales. En la de la izquierda sólo figura la palabra *Almas* en la parte superior y en la inferior, en un cuerpo más pequeño, Madrid 1900 en rotundos caracteres romanos (MCM) con un pequeño adorno tipográfico intermedio. Consiguientemente, la mayor parte del texto (Juan R. Jiménez / de / Violeta / Atrio / de / Francisco Villaespesa) cae en la mitad de la derecha. En la cubierta, que tipográficamente es igual a la portada, aparecen dibujadas, además, unas hojas de violetas en la parte media inferior.

En la portada de *Ninfeas* esta palabra ocupa dos tercios, a la izquierda, y sobre ella, en un cuerpo más pequeño, aparece la siguiente inscripción; «Colección Lux II (extraordinario)». En el tercio de la derecha el texto forma propiamente una columna (Juan R. Jiménez / Atrio / de / Rubén Darío / Madrid MCM).

Los títulos interiores, con el mismo tipo usado en las portadas, son de caja baja, aunque de un gran cuerpo, quizá el 14, van pegadas a la derecha y encima de un filete. Cuando corresponden a portadillas, es decir, cuando no tienen texto debajo, están colocados en la parte superior de la página. Las dedicatorias personales, todas encabezadas por la preposición «para», adosadas al lado izquierdo, en caja y en un tipo distinto, el mismo utilizado para los textos de los poemas. Estos dejan un gran blanco o birli en la parte superior de la página donde se inician.

Las obras se cierran con un colofón parecido, un escudo y el nombre y dirección de la imprenta.

A pesar de la ilusión por ver acabados los libros, no pudo resistir mucho tiempo la lejanía de Moguer y regresó, al cabo de un mes, a su pueblo, dejando al cuidado de Villaespesa la impresión, que se demoró hasta el mes de septiembre esperando el «atrio» de Rubén Darío. Volvió tranquilo porque los libros se iban a hacer con arreglo a sus deseos e instrucciones. Sólo tuvo una pequeña contrariedad cuando le llegaron los primeros ejemplares: su colaborador había dedicado los poemas que no tenían

dedicatoria a poetas amigos suyos y desconocidos, o sólo conocidos de oídas, por Juan Ramón ³.

De los libros, que no fueron bien recibidos, en general, por la crítica, se hicieron tiradas de 500 ejemplares. Juan Ramón, que nunca quiso hacer negocio con éstos, ni con los que siguió publicando, se quedó con algunos ejemplares para regalar y confió el resto de la edición a Villaespesa, quien probablemente después de obsequiar a todos sus amigos poetas de España y América de los que, a su vez, constantemente recibía lo que publicaban, la saldó ⁴. De todas formas, nunca el autor se preocupó por el destino de los ejemplares.

Una buena parte, o al menos la parte más importante de los que se comercializaron, fueron a parar a Gregorio Pueyo, origen de una familia de librereros, que había abierto su negocio en 1881 y del que Ramón Gómez de la Serna dice: «Era un librero con una gran nariz, nariz de palillero, que guardaba los libros en su sótano, colgaba dos vitrinas a los dos lados de la puerta, y en sus exiguos estantes se veían *Ninfeas* y *Almas de Violeta*... Era un gnomo agrandado y se quedaba con los saldos de toda literatura modernista a diez céntimos el ejemplar. Se le llevaban mil cien ejemplares porque no se sabe cómo no sólo no se había vendido ninguno en las librerías sino que había crecido la edición y aparecían cien más no vendidos cuando se habían impreso sólo mil ejemplares. Aun manipulando a ciegas en aquella sórdida tienda era el único que se compadecía de los invendidos y en su canje y espera fue haciendo dinero y a veces adelantaba unos duros a alguno de aquellos poetas de pipa y chalina» ⁵.

Este emporio del modernismo que fue la tienda de Pueyo estaba en la calle de Mesonero Romanos, «retorcida, mal empedrada, bullanguera y chulona, emplebeyecida por las ropas puestas a secar en los balcones y los pianillos de manubrio que la llenaban de ruido». Era «una casa tan baja de techo que sus habitantes, al entrar, necesitaban humillar la cabeza». «Por todas partes había libros, y los que no hubieron colocación en los plúteos de las estanterías se apilaban en los rincones. Un mostrador, es pecie de trinchera respaldada por un tabique de tablas, dividía el local. Al fondo, tras una mesa, se encastillaba Pueyo» ⁶.

Constituía una puerta a la que los escritores urgidos por la necesidad podían acudir: Zamacois cuenta que consiguió cincuenta duros que precisaba inmediatamente a cambio de los derechos de una obra suya, *Rio abajo*, formada por una serie de artículos periodísticos ⁷.

No intentó, ni podía pecar de generoso; tampoco fue un vampiro que se alimentara de la sangre de los pobres modernistas, como alguien ha podido pensar al ver que ofreció 500 pesetas en conjunto a Rubén Darío en 1906 por ediciones de 1.000 ejemplares de *Azul*, *Rimas* y *Cantos de vida y esperanza*. El contrato suponía la exclusiva hasta que se agotaran las ediciones o quedaran en poder de Pueyo menos de 50

³ *Ibid.*, pág. 124.

⁴ JUAN GUERRERO RUIZ: *Juan Ramón de viva voz*. Madrid, 1961, pág. 334.

⁵ RAMÓN GÓMEZ DE LA SERNA. *Retratos contemporáneos*. Buenos Aires, 1941, págs. 22-23.

⁶ EDUARDO ZAMACOIS: *Un hombre se va...* (*Memorias*). Barcelona, 1964, pág. 172.

⁷ *Ibid.*, pág. 236.